

Por una sociología práctica

Manuel Montañés Serrano

A modo de introducción

Si al afirmar, tras asistir al pase de una película, que hemos visto a tal o cual actor o actriz alguien nos advierte que en realidad lo percibido no ha sido más que la imagen de unos personajes proyectada en la pantalla –recordemos que el cine consiste en pasar un número de fotogramas a una velocidad determinada–, no tendremos más remedio que rendirnos ante la evidencia, pues los personajes de nuestras películas nunca tendrán la facultad del protagonista de *La rosa púrpura de El Cairo* para salir de la pantalla. Si embargo, si esa misma precisión se intenta trasladar sobre la percepción de la realidad circundante, nos encontraremos con una fuerte resistencia para que ambas situaciones sean equiparadas entre sí. Difícilmente admitimos una entidad mediadora entre lo observado y nuestra observación. Olvidamos que nuestra observación está determinada por nuestro singular sistema óptico. Olvidamos que si tuviéramos otro sistema fisiológico de visión, el mundo percibido sería apreciablemente diferente. No obstante, siempre podemos sostener que es irrelevante tal precisión, dado que del mismo modo que sin la participación de los actores reales de carne y hueso la película no sería posible, también podemos decir que, como apunta Enrique Luque Baena, «nuestras percepciones del mundo corresponden a algún grado de realidad. Algun grado de isomorfismo se da, después de todo, entre la experiencia del mundo y su realidad. De otro modo, hubiera sido imposible la adaptación de los organismos a su medio ambiente: todos hubieran desaparecido» (1985: 76).

Si admitimos éste razonamiento, movernos en la realidad o en la realidad percibida a efectos prácticos carecería de importancia. Desde una concepción idealista, la realidad percibida no sería la cosa en sí (el noumeno kantiano), pero no por ello todo lo percibido obligatoriamente tendría que ser siempre apariencia engañosa. La realidad percibida, siguiendo la filosofía idealista, sería el fenómeno kantiano, el cual presenta propiedades que son de la cosa en sí y es objeto de experiencia. Como apunta Miguel Beltrán, «la eventual discrepancia no se da entre dos cosas (la apariencia y la realidad), sino entre una cosa (la realidad) y su apariencia, su modo de manifestarse» (1985: 11 y 12). Como en el mito de la caverna de Platón, la realidad percibida

serían las sombras de la realidad proyectada. En ambos casos, ya sea la realidad o la realidad percibida, nos encontramos ante una entidad preexistente, dotada de naturaleza propia que se manifiesta ante (frente y con anterioridad a) el sujeto observador.

Si así fuera, la investigación social debería poner el acento en el aspecto tecnológico, en la elaboración y desarrollo de sofisticados instrumentos y técnicas de análisis que ayudasen a registrar y cuantificar toda y cada una de las partes que configuran la totalidad de la realidad. Y en consecuencia, la investigación social consistiría en hacer partícipes en las tareas tecnológicas a todas aquellas personas interesadas en conocer la realidad.

Ahora bien, se ha de tener en cuenta que la característica que distingue al ser humano del resto de los seres vivos es la posesión de una singular entidad mediadora entre el sistema receptor y el sistema efector. Esta entidad mediadora no es otra que nuestra natural capacidad para generar cultura. «En el mundo humano encontramos una característica nueva que parece constituir la marca distintiva de la vida del hombre. Su círculo funcional no sólo se ha ampliado cuantitativamente sino que ha sufrido, como si dijéramos, ha descubierto un nuevo método para adaptarse al ambiente. Entre el sistema receptor y el efector, que se encuentra en todas las especies animales, hallamos en él como eslabón intermedio algo que podemos señalar como simbólico» (Cassirer, 1987: 47). No vemos con los ojos sino con el cerebro. Nuestra capacidad para simbolizar, **para otorgar sentido** a todo aquello que vemos, tocamos, paladeamos, olemos, oímos, permite que nuestra adaptación no sea adaptándonos al medio sino adaptando el medio a las necesidades humanas. La realidad, sea cual sea, entonces ya no es preexistente al sujeto, sino que es fruto de la actividad objetivizadora del sujeto. De esta manera pasamos de una realidad preexistente, ideal y absoluta a una realidad forjada día a día, material y reflexiva en la que «el objeto sólo es definible en relación con un sujeto» (Navarro, 1989).

Para la sociología clásica, la realidad es absoluta e independiente del sujeto que la observa. Desde una posición crítica han de introducirse dos inflexiones: una) la observación es relativa al punto de vista del observador (realidad relativa); y dos) el objeto es construido por el sujeto. Las propiedades de lo obser-

vado no pertenecen al objeto sino al sujeto observador. En consecuencia, la observación de un objeto exige la observación de la observación (realidad cuántica).

El relativismo (primera ruptura con la realidad preexistente)

E

instein nos ilustra, con su famoso ejemplo de la piedra dejada caer por un pasajero de un tren en marcha, sobre cómo lo observado depende del cuerpo de referencia, del sistema de coordenadas del observador: para el viajero, la piedra «describe» una línea recta; sin embargo, para un peatón situado en el terraplén la piedra «describe» una parábola (Einstein, 1993: 72).

No tener en cuenta la relatividad de la realidad social, el creer que a cada significante todos los sujetos le otorgan el mismo significado, nos lleva a no saber de qué estamos hablando cuando hablamos de lo que hablamos. Ésta aparente críptica afirmación puede ser desvelada si nos situamos ante una carrera de atletismo en la que varias personas llevasen el mismo número de dorsal y los trofeos se entregaran atendiendo no a las personas que alcanzan primero la línea de meta sino según el número de dorsal que llega primero. Desde la lógica del atletismo competitivo si así se actuase se estaría cometiendo una injusticia; desde la sociología crítica operar de la misma manera resulta una aberración metodológica y epistemológica. Sin embargo, así se procede habitualmente cuando se aplica la técnica de la encuesta para «recoger» las opiniones y deseos de la población encuestada. El empirismo abstracto de la encuesta obvia los múltiples significados que distintas personas infieren a un mismo significante. El que en una localidad distintos grupos sociales coincidan en adherirse a un mismo significante no garantiza la ausencia de discrepancias sociales sobre el tema encuestado. Por ejemplo, una investigación social que tenga por objeto conocer las necesidades y deseos de la población respecto a la transformación espacial que pase por alto las distintas percepciones que de la supuesta misma realidad hacen los diversos grupos humanos no ayudará a evitar los posibles conflictos por el

uso y apropiación del espacio: dos árboles (a los que la mayoría de la población consultada no pondrá ninguna objeción) pueden representar una buena sombra para el verano o los postes de una eventual portería para la práctica del fútbol, con lo que el conflicto entre los adolescentes y la población adulta por el uso y apropiación del espacio, si no se pone ningún remedio, está garantizado (Montañés, 1993a). Para evitar eventuales conflictos sociales se ha de indagar sobre el sentido que los diversos grupos infieren al mismo significante.

En la encuesta, «la supuesta *opinión subjetiva* del entrevistado toma la forma de una *votación forzada* (o al menos constreñida) entre unas pocas opciones a una de las cuales ha de adherirse necesariamente, o refugiarse en la ‘caja negra’ del «no sabe/no contesta». Pues el sujeto entrevistado no puede reformular la pregunta, matizarla, proyectar sus dudas y vacilaciones, ‘posicionarse’ de forma intermedia entre la alternativa /2/ y la /3/, etc...» (Ortí, 1986: 158). Con la encuesta se recogen sólo los datos que previamente se han producido, «pues el proceso de apropiación del dato no es similar al de «recolección» de un fruto, o al de «caza» de un animal «salvaje» (esto es, producidos espontáneamente por la naturaleza). Considerar que los datos se recogen es conceptualizar como «natural» su proceso de producción, conceptualizar a la «sociedad» como naturaleza. Esta es la operación fundamental de la ideología burguesa» (Ibáñez, 1985: 208).

Múltiples realidades versus múltiples perspectivas de la realidad

La polisemia no es sólo una propiedad del lenguaje oral o escrito, sino una característica inherente de toda representación, de todo sistema de signos. No hemos de olvidar que lo que llamamos lenguaje es un sistema de signos entre otros muchos. Como señala Saussure, el lenguaje oral o escrito no es una facultad específica de ser humano, lo natural del ser humano es «la facultad para constituir una lengua, es decir, un sistema de signos» (Saussure, 1992: 36). Observar es representar la realidad. La percep-

ción (la representación) es un signo, y como todo signo posee una naturaleza polisémica.

Planteadas así las cosas, es preciso formular el siguiente interrogante: ¿nos enfrentamos a múltiples realidades o a distintos puntos de vista sobre una misma realidad? Esta pregunta puede parecer una recreación metafísica, pero si se tiene un poco de paciencia y se participa de la crítica reflexión se podrá apreciar el alcance de la misma, pues, sin duda, la respuesta condicionará el papel que han desempeñar los diversos intervinientes de la investigación social.

Si admitimos la presencia de distintas percepciones sobre una misma realidad, se ha de admitir la existencia de una realidad externa a los sujetos sociales. Una realidad dada que se nos transmite a través de sus representaciones implicaría conocer las estructuras que organizan las múltiples representaciones que en torno al objeto preexistente se elabora en distintos tiempos y lugares. Una investigación no clásica, debería en consecuencia proporcionar la participación no sólo en las tareas tecnológicas sino también en las relacionadas con la dimensión teórica o metodológica. Para cumplir con tal fin sería conveniente devolver el análisis-informe a la población sujeto-objeto de la investigación, o tal vez, incluso sería más pertinente, desde una postura radical, propiciar en pie de igualdad el análisis de los datos y discursos recogidos en el transcurso de la fase del trabajo de campo con la población sujeto-objeto de estudio.

Si nos enfrentásemos a múltiples representaciones de una única realidad, el proceso de construcción metodológico tendente a encontrar el significado de los significantes o los múltiples significantes del mismo significado, ya se trate de la adopción de una metodología induktiva o deductiva, sería sin duda el camino correcto. Otra cuestión sería la selección de los que han de participar en las tareas. En cambio, si se trata de múltiples realidades, entonces, hemos de conocer los procesos seguidos en la construcción de la realidad para así poder construir otras realidades posibles. En este caso, para que los investigados sean sujetos de la investigación habría que modificar la dirección y el sentido de la investigación; los sujetos-objetos investigados tendrían que recuperar el componente semiótico, esto es, además de la capacidad de decir también la del *hacer* del lenguaje (de todo conjunto ordenado de signos).

Los significados habitualmente otorgados a la palabra representación son aquellos que implícitamente sustentan una realidad dada, como los de recuerdo (la representación de una obra de teatro consiste en poner en escena el recuerdo de aquello que se ha ensayado previamente), sustitución (un representante es quien dice actuar en nombre de otro u otros por el poder delegado que se le ha conferido) o como juego (jugar es representar escenas que parecen reales pero no lo son); sin embargo, también existen otros significados como el que recoge el Diccionario de Autoridades de la Real Academia Española de 1837, que define la representación como el «hacer presente» (Caro Baroja, 1991: 50), es decir, el construir, inventar algo nuevo a partir de lo conocido.

LA TÉCNICA DEL GRUPO DE DISCUSIÓN, AUNQUE NO LO PAREZCA, ES UNA FALSA HIPÓSTASIS EMANCIPATORIA

Si la realidad es preexistente y única, la labor del investigador social sería la de registrar todas las relaciones estructurales que las múltiples representaciones colectivas mantienen entre sí en torno a un objeto dado. La técnica del grupo de discusión, en donde el investigador participa como sujeto en proceso, sería el dispositivo tecnológico más adecuado. No obstante, no podemos pasar por alto que el investigador no actúa por su cuenta y riesgo, guiado por el deseo de aprender ignotas áreas del saber, sino que lo hace al servicio de un sujeto (el demandante de la investigación), que interviene como sujeto transcendente al fijar el objeto y el objetivo de la investigación. El sujeto investigador, a partir de un discurso producido por unos sujetos-objetos previamente seleccionados, ha de producir un texto en donde se muestren, en torno a la realidad preexistente fabricada por el sujeto transcendente, las múltiples relaciones referenciales y estructurales.

Decir que mediante la técnica del grupo de discusión el proceso está abierto (sujeto en proceso) no significa que los objetivos ni la finalidad de la investigación se vayan construyendo sobre la marcha. Tanto en las investigaciones de carácter distributivo como en las estructurales, la realidad social construida es fijada previamente. Ambas técnicas de investigación no implican

distintas rupturas-aperturas epistemológicas sobre el papel que han de jugar los sujetos-objetos de la investigación, ambas técnicas se utilizan para manipular y dominar. La diferencia se encuentra en que mientras que las primeras (las distributivas) captan las adhesiones a una categoría preexistente, las segundas (las estructurales) buscan reificar (poner en un significante) las múltiples representaciones e imágenes colectivas que satisfagan las demandas de la realidad construida por el sujeto transcendente. Se puede decir que donde acaban las segundas empiezan las primeras, pero que la técnica estructural sea lógicamente superior y matemáticamente anterior no implica, como el propio Jesús Ibáñez dejó escrito, que el grupo de discusión sea un elemento de liberación frente a la encuesta; muy al contrario, «en la práctica el grupo de discusión se ha inscrito en el horizonte de una manipulación mucho más a fondo de la que permite la encuesta» (1979: 19).

PARA PODER TRANSFORMAR ES NECESARIO CUESTIONARSE LA PREEEXISTENTE REALIDAD

Con la intención de ilustrar lo dicho, sirva la exposición del siguiente ejemplo.

Si con el propósito de elaborar programas de prevención social se nos encarga la realización de un estudio sobre «la droga» (entendida ésta como objeto preexistente, «Bedeutung», cuyo consumo es el origen del malestar social) con el fin de proporcionar la suficiente y precisa información para que las administraciones públicas puedan articular programas destinados a prevenir y conseguir el abandono o al menos disminuir su consumo mediante medidas sanitarias o/y sociales, es probable que procedamos a la producción y análisis de los discursos que en relación al consumo de la droga emiten diversos grupos previamente seleccionados. El discurso producido por los grupos se convierte en materia prima para el análisis, y el análisis produce un discurso que es usado por quienes han contratado nuestros servicios para producir un discurso social, al que se le etiqueta de científico y por tanto objetivo. **Si bien, el discurso ya no refiere la realidad del consumo de determinadas sustancias llamadas drogas sino que es utilizado para hablar sobre el problemas social de la droga:** exclusión social, violencia, transgre-

sión, inseguridad ciudadana y muerte. Una vez producido el texto institucional se puede proceder a levantar una encuesta para contabilizar las adhesiones que obtiene cada significante construido, por ejemplo, nombre de la droga, tiempo que se lleva consumiendo y cantidad consumida; repitiéndose esta operación cada cierto tiempo para de este modo conocer la evolución del problema. Ahora bien, poco o casi nada sabremos del problema social de la droga. Del aumento o disminución del consumo de determinada sustancia no podemos colegir que el problema social de la droga haya disminuido o haya aumentado en la misma proporción, pues si así actuásemos (aunque así se procede) estaríamos otorgando a la perspectiva farmacológica la potestad de plantear y resolver problemas sociales. Y lo que es más significativo, en nada habremos contribuido a solucionar el problema social de la droga, pues este no es de índole sanitario, aunque el consumo desmesurado pueda provocar alteraciones no queridas en el organismo, dado que no es el consumo de sustancias más o menos perniciosas para la salud lo que convierte en drogadictos a quienes las consumen, sino que drogadicto es la etiqueta utilizada por el actual modelo productivo económico y social para designar a quienes teniendo edad para ser parte activa del mercado de trabajo son excluidos no coyunturalmente sino de una forma estructural. Sin duda, como he tenido ocasión de exponer en otra ocasión (Montañés, 1992), la droga no es más que un sinédoque de la exclusión social que toma la parte por el todo. Como decía Antonio Gala a Tobías, refiriéndose a la población juvenil etiquetada de drogadicta, «asociales no les ha hecho la droga sino la sociedad».

Independientemente del grado de implicación de la población en la investigación, si quienes apostamos por una investigación social de carácter práctico¹ no nos cuestionamos la preexistencia de la realidad, ni modificamos la dirección ni el sentido de la investigación, el fenómeno social de la droga continuará siendo estudiado (aunque se oculte que así se proceda) como un problema farmacológico. ¡Vamos!, como si el estudio del sacramento del bautismo se hiciera no desde la teología sino desde la química inorgánica, ya que la unión de dos moléculas de oxígeno y una de hidrógeno, como se sabe, configura la fórmula química del agua.

Para que la investigación social adquiera potestad emancipadora se ha de introducir la

tensión suficiente para desajustar los anclajes supuestamente naturales que en torno a la droga unen significantes y significado (muerte/drogas, vida/ausencia de drogas –como si el evitar su consumo garantizara la vida eterna como queda reificado en el slogan de las campañas antidrogas «engáñate a la vida»–; o el consumo en sí mismo como agente de exclusión social, delincuencia, etc.), para de este modo, desde una participación crítica poder construir otras eventuales verdades.

LAS MÚLTIPLES REPRESENTACIONES DE UNA REALIDAD PREEXISTENTE NOS ENCIERRAN INEXORABLEMENTE EN LA CAVERNA DE PLATÓN

A diferencia del personaje del chiste que admitía, aunque no sin resistencia, que al pan le llamaran pain pero por lo que no pasaba era porque al queso le llamaran fromage, quienes se decantan por la existencia de una única realidad que se nos deja ver a través de sus múltiples representaciones sostienen que los signos que la representan, como no podía ser de otra manera, son arbitrarios, pero no por ello dejan de remitirse a la misma realidad. Mas la comprobación de tal hipótesis queda atrapada en una permanente paradoja. Para verificar la correspondencia entre los signos utilizados y la realidad se ha de comprobar si los distintos signos utilizados se refieren a la misma cosa. Pero, ¿cómo sabemos que los signos utilizados hacen referencia a la misma cosa? Por ejemplo, cuando yo emito un sonido gráficamente representado a través de /yo te quiero/, ¿se refiere a la misma cosa que el sonido representado gráficamente por /je t'aime/? Los dos caminos posibles de verificación (preguntar por el significado a quienes han emitido los respectivos sonidos o fijarnos en las conductas que se desprenden de los sonidos emitidos), si queremos transmitir la relación entre ambos sonidos emitidos y la realidad a la que hacen referencia, nos conducen a tener que recurrir nuevamente al lenguaje (a otros signos). Desde Hume sabemos que aquello que llamamos relación entre hechos no es más que una relación entre valores. Las relaciones secuenciales quedan conectadas y por ende convertidas en relaciones consecuenciales a través del lenguaje. Dado que los hechos carecen de voz propia, la

única manera de confirmar la relación es utilizando otros signos (y así indefinidamente) que relacionen los signos no ya con la cosa sino con otros signos que guardan alguna relación de similaridad o de contigüidad entre sí. Sólo podemos alcanzar a verificar el grado de veracidad entre la realidad y las múltiples representaciones que la expresan al comparar signos que se reclaman de la misma realidad a través de las relaciones estructurales que guardan con otros signos, bien por su forma o por su fondo, esto es, respecto a la imagen y a los conceptos. Sin embargo, basta con intentar traducir de un idioma a otro para darnos cuenta de lo imposible que resulta encontrar términos sinónimos. Los términos utilizados aunque «aparentemente» se refieran al mismo objeto, no expresan el mismo sentido. Y sin tener que recurrir a la comparación entre idiomas podemos apreciar la imposibilidad denotativa de toda palabra. Toda palabra nos remite a otra, lo que nos hace entrar en una carrera sin final, hasta que recurrimos a las lenguas muertas, que al carecer de uso se convierten en equivalentes generales de valor semántico (como etimos).

Vistas así las cosas, la existencia de múltiples perspectivas sobre una única realidad sólo se puede defender afirmando que la relación estructural del signo nos proporciona siempre una imprecisa e incompleta visión del objeto —por ejemplo, quien escribe este artículo y el hijo de Mercedes (es el nombre de mi madre) son, utilizando la terminología de Frege, dos Sinn (el modo como se da el objeto) del mismo Bedeutung (del mismo objeto: ser humano)— y que la imposibilidad para que entre dos o más signos se establezca una relación biunívoca es consecuencia de la dificultad que tiene todo significante para expresar con toda nitidez y perfección la idea que se desea transmitir. Aceptar este planteamiento implica asumir una concepción idealista de la realidad en la que todos los signos empleados no alcanzan la totalidad de la idea debido a que siempre existe un grado de impureza en la materialización de las ideas. O sea, volvemos a quedar atrapados en la caverna de Platón, pero ahora, ya no son seres humanos de carne y huesos los que como en el cine proyectan su imagen, sino que nos encontramos ante la proyección de ideas puras, sin mácula, ideas eternas como las de libertad, justicia, amor, etc., de las que los simples mortales tenemos sólo imperfectas representaciones.

La realidad surge de la necesidad

P

arece que es imposible salir del círculo de la realidad versus apariencia. Sin embargo, tras lo expuesto estamos en disposición de emprender un salto de orden cualitativo. Mientras que en el planteamiento platónico la realidad se oculta a los mortales, tras lo expuesto, para que nosotros podamos establecer la relación estructural del signo hemos de conocer previamente la realidad, pues si no fuese así sería imposible conocer su representación. Cómo podríamos si no conocer los múltiples Sinn si no tuviéramos constancia de los Bedeutung: que el hijo de Mercedes sea sociólogo y tenga unos ingresos anuales es el Sinn *pertinente* para el Bedeutung (como objeto contribuyente) del Ministerio de Hacienda, sin embargo, carece de importancia, esto es, de *valor*, el color de mis ojos, de mi pelo o mi estatura para el mismo Bedeutung, pero es probable que sí sea pertinente para el Bedeutung de belleza. Y a su vez ambos Sinn son pertinentes para el Bedeutung relacionado con la afectividad o con posibles alianzas. Es decir, el lugar ocupado en la estructura socioeconómica y el aspecto físico según el patrón dominante de belleza condicionarán en gran medida las posibles alianzas afectivas, sexuales y matrimoniales de las personas. Necesitamos partir de un Bedeutung para que podamos ver los aspectos que se estructuran en torno al mismo. Si careciéramos de Bedeutung nuestra ceguera *estructural* sería absoluta.

Ahora bien, parece absurdo que tengamos que vernos las con la representación de la realidad cuando lo podríamos hacer directamente con la propia realidad, máxime cuando es obligado conocerla previamente para poder interactuar con sus múltiples representaciones. Resolver este desatino requiere plantearse la siguiente pregunta: ¿es cierto que la realidad, el Bedeutung, nos viene dada (es natural) o es producido (es cultural)? Si es natural sería preexistente a los seres humanos, pero si por el contrario es artificial habremos de admitir la existencia no de distintas perspectivas sobre una única realidad sino tantas realidades como culturas existentes.

Si el carácter natural de la realidad es entendido como entidades abstractas dotadas de natu-

raleza propia y lo artificial como la capacidad que los seres humanos tenemos para abstraer a partir de lo concreto nos vemos abocados a continuar con el falso debate entre idealismo frente a racionalismo que a lo largo de la historia ha enfrentado a realistas con nominalistas en el que decantarse por una u otra opción parece más bien un acto de fe que un proceso de aprendizaje, mas si nos preguntamos por qué y para qué la realidad se nos presenta así, a qué responde (cuál es la finalidad) que la realidad se nos presente de un modo y no de otro y al servicio de qué o quienes, estaremos en disposición de aprender el modo de cómo conocer la realidad social. Volvamos con el ejemplo anterior, si no existiera el interés recaudatorio no existiría el *Badeutung* contribuyente y en consecuencia no existiría esa realidad. Si existe una piedra no es porque nuestros antepasados llamaron /piedra/ o emplearon otro signo lingüístico para referirse a un objeto determinado sino porque en sus necesarias interacciones con el medio se vieron obligados a tener que segmentar el continuum material para satisfacer las demandas que requería la captura de animales, las peleas entre sí o la comunicación con el más allá, convirtiéndose de este modo en signo las prácticas que reiteradamente acometían. El empleo de signos fónicos, gráficos o de otra índole no ha de interpretarse más que como representaciones de representaciones, pues como afirma Roland Barthes (1970) no es el signo el que crea la función sino que es la función la que se convierte en signo con su uso social.

Dependiendo de las necesidades sociales hacemos aparecer unos signos u otros, por eso toda traducción es una traición, pues no hay referente que nombrar, sino signos que al construir objetos, referencian, designan cosas. Convirtiéndose de esta forma cada función social en signo de sí misma, impidiéndose de este modo la retención del sentido, esto es, el valor que en cada sistema cultural se infiere. Cuando nuestros antepasados mostraban una «piedra», sólo quienes participaban de los mismos valores culturales registrarían la acción, esto es, segmentarían el continuum –para un supuesto extraño pasaría desapercibido, es decir, no percibirían, no supondría la representación de nada, no constituiría ningún signo– y atendiendo a los valores dominantes la acción sería interpretada como signo de violencia o como demanda de colaboración para cazar, pongamos por caso.

Dado que no nos las tenemos que ver ni con entes universales –cuyos reflejos serían los objetos con los que interactuamos– ni con objetos particulares –cuya abstracción permitirían construir conceptos mentales–, sino con el sentido inferido por los sujetos en sus obligadas interacciones sociales, lo dicho en párrafos anteriores sobre el falso debate entre realismo y nominalismo se confirma. **El objeto no existe al margen de la actividad objetivizadora del sujeto, y para que esto ocurra es preciso que el ser humano dote de sentido a una prácticas sociales determinadas. El sentido surge al destacar algo entre toda la energía y materia presente. Si no procediésemos así todo sería igual a todo, y todo en consecuencia no podría ser otra cosa más que ruido.**

Cada sujeto impelido por sus necesidades construye su propia realidad y dado que los impulsos energéticos captados por el sistema nervioso y procesados en nuestro cerebro no pueden ser compartidos, la biunivocidad comunicativa entre destinador y destinario es imposible, sólo hay interpretaciones e interpretaciones de interpretaciones. Una cosa es lo que se quiere transmitir, otra es lo que se transmite y otra es lo que se emite, ya que lo que el destinador emite como sentido, el destinatario lo recibe como fuerza a la que ha de inferirle sentido. No obstante, como apunta Luis Enrique Alonso, mientras que los deseos son individuales, las necesidades son de carácter social. «El deseo se asienta sobre identificaciones inconscientes y siempre personales (aunque pueden coincidir en miles de millones de seres) con el valor simbólico de determinados objetos o servicios habitualmente manipulados por los mensajes publicitarios; la necesidad, sin embargo es previa al deseo y al objeto simbólico que origina ese deseo, es social y dado un determinado contexto universal en él, la necesidad surge, pues, del proceso por el cual los seres humanos se mantienen y se reproducen como individuos y como individuos sociales, es decir, como seres humanos con una personalidad afectivo-comunicativa en un marco socio-histórico concreto» (Alonso, 1986: 30). Dicho con palabras de Marx, «el hombre carece de personalidad singular o genérica sólo es sujeto de relaciones sociales» (Tesis VI sobre Feuerbach, 1970), que contrae para mantener su existencia aun en contra muchas veces de su propia voluntad. En definitiva, «las necesidades nos son abstractas, intemporales y

permanentes, sino concretas y cambiantes, en la misma medida que cambia la estructura productiva, y con ella todo el sistema social» (Ortí, 1994: 38). Por ello, aunque el sentido no tenga naturaleza propia al margen del sujeto, ello no quiere decir que se infiera de una manera caprichosa o que sea el fruto de la introspección personal de cada cual, pues si así fuera difícilmente se entendería la diversidad cultural: todos los seres humanos de las distintas épocas y espacios geográficos cuentan con la misma capacidad mental para que hubieran llegado a la misma conclusión sobre la conveniencia de las diversas prácticas culturales recogidas por la etnografía mundial. El que unas prácticas sean obligatorias, recomendables, indiferentes o prohibidas dependen del valor que a dichas prácticas en cada momento y lugar se le otorgue.

EL VALOR SURGE DEL INTERCAMBIO

El valor no es un atributo de los objetos, surge en la relación con nuestra participación en la entrada, circulación, distribución y salida de la energía que tiene lugar en los tres subsistemas de intercambio: el intercambio de bienes y servicios (económico), mensajes (semántico) y sujetos (libidinal). Dos cosas desemejantes pueden ser iguales, esto es, tener el mismo valor. Por ejemplo, una camisa y un pantalón siendo prendas distintas pueden ser iguales. Ambas prendas al ser intercambiadas desempeñan el papel de mercancía y de equivalente general de valor. El pantalón es cambiado como mercancía por una camisa, y a su vez, la camisa es cambiada como mercancía en relación al equivalente de valor del pantalón. No obstante, si la camisa y el pantalón representaran lo mismo no habría intercambio. Para que tal cosa ocurra es preciso que se produzca una diferenciación en el subsistema libidinal (yo te doy **mi** camisa a cambio de **tu** pantalón), en donde el placer surge al asociar el objeto con la persona que posee el objeto, y por lo tanto «surge» otro objeto, es el valor simbólico el que prevalece; en el subsistema semántico (yo te doy mi pantalón marca Pepe por tu camisa Benetton), es la marca, el signo en relación con otros signo lo que se valora; o en el subsistema económico (yo te doy mi pantalón que vale más pesetas que tu camisa), es el valor instrumental o de cambio económico el que prevalece.

NO HAY REALIDADES POR DESCUBRIR, SINO REALIDADES POR CONSTRUIR

Atendiendo a los requerimientos de los tres subsistemas es como segmentamos el continuum, diferenciando una cosa de otra no por lo que es sino por lo que no es, vale decir, sus diferencias. La tierra se opone al mar, no por lo que es sino por lo que no es respecto al mar (no es inestable, es firme), se opone al sol, por lo que no es (no es la estrella del sistema, es un planeta del sistema) y se opone a la luna, porque no es un satélite. Pero al mismo tiempo la luna puede ser el confín de lo enamorados o el satélite responsable de las mareas. Segmentando el continuum es como accedemos a la realidad, aunque para hablar con propiedad ha de afirmarse que así es como construimos la realidad. Todo significante es interpretado a la luz de los códigos del destinador. Lo que ayer era mudo, hoy es revelador. La visión en distintos momentos de una misma película nos permite establecer nuevas relaciones cognoscitivas como si se tratase de otra película a la que se le hubiese cambiado los personajes, el argumento, o el montaje de las secuencias. Y en efecto, es otra, son tantas como seamos capaces de aprender, tantas como dimensiones seamos capaces de inventar.

La invención es una invitación. La realidad se construye articulando lo nuevo en lo conocido. Es como el invitado que no está presente pero al que se le espera. Si estuviese presente no se le esperaría y en consecuencia aun siendo de interés no despertaría expectación, si fuera totalmente desconocido no se le permitiría el acceso. Los procesos socioeconómicos son los responsables de las transformaciones culturales pero para que se produzcan los cambios es preciso que éstos se articulen en lo conocido. En consecuencia, si bien hemos de estar atentos, como advierte Luis Enrique Alonso (1988: 157-168), en no caer en un pansemiologismo que de cuenta de la realidad social desde una exclusiva interpretación de las estructuras lingüísticas que obvie los procesos y cambios sociales que se producen en nuestra sociedad, también se ha de tener en cuenta las representaciones colectivas que permiten transformar lo que ayer no era relevante en relevante hoy, para pasado mañana dejar de serlo. Como dice Alfonso Ortí, el análisis sociológico «ha de relacionar el carácter representati-

vo de los discursos con la génesis y reproducción de los procesos sociales» (1986: 166).

Para transformar la realidad social tanto se ha de actuar sobre los procesos sociales que aportan la materia prima que sirve de base para que los valores sociales puedan mostrar su existencia como se ha de conocer los procesos seguidos en la construcciones simbólica-culturales que articulan las representaciones colectivas.

Las categorías que surgen al segmentar el continuum son provisionales y no son ni buenas ni malas, ni justas ni injustas, ni verdaderas ni falsas, sino categorías útiles para comprender la realidad, esto es, para abarcarla y hacerla inteligible de acuerdo con las necesidades sociales surgidas en la interacción del ser humano con el medio y con quienes habitan en él. **La realidad surge de la necesidad. La realidad es así y no de otro modo porque tenemos la necesidad de verla así y no de otro modo.** Mas en una sociedad desigual, como es la nuestra, estratificada en clases, en géneros y en edades, las necesidades biológicas, afectivas y semánticas no se satisfacen (y por lo tanto no se construye la realidad) en la interacción directa con el medio y con quienes viven en él, sino que se encuentra mediatisada por las relaciones de poder presentes en cada sociedad.

Las relaciones del saber descansan en las relaciones de poder

En nuestra estratificada sociedad, socialmente desigual, el conocimiento se encuentra mediatisado por las relaciones de poder. Toda relación de saber descansa en una relación de explotación. Las clases dominantes para continuar dominando procuran observar (percibir, construir signos) e intentan impedir convertirse en materia objeto de observación por parte de quienes son tomados por las clases dominantes precisamente como materia prima de observación. Necesitan que la dirección de la flechas del saber no cambie, que quienes dominan puedan continuar aprendiendo y que los dominados se comporten como el vulgar profesor que no sabe que lo que sabe es lo que otros previamente han aprendido y aprovecha cualquier oportunidad para enseñar (en el aula,

en las tertulias radiofónicas y televisivas o a través de las páginas de los periódicos) cada vez que se le solicita (en las encuestas y grupos de discusión, votando en las elecciones o adheriéndose con gran entusiasmo a la sociedad de consumo) las relaciones entre significantes y significados que el poder se ha encargado de aprender previamente.

El Poder, a través del personal investigador a su servicio extrae información² a los sujetos-objetos y devuelve neguentropía en forma de marca (si de comercializar un producto se trata), en forma de un programas político o en forma de categorías sociales. En una sociedad de clases, la información fluye de abajo hacia arriba, la neguentropía de arriba hacia abajo (Ibáñez, 1991: 17). Quienes poseen capital tratan de explotar a quienes carecen del mismo, al tiempo que señalan y establecen lo que es correcto, siendo las ideas, los valores y las normas que emanan del género masculino y propietarios del capital las que se presentan como los modelos de bondad, justicia, realidad y verdad. Como afirma Jesús Ibáñez, «el poder se reserva el azar y atribuye la norma» (1991: 149). O como reseña Marcelo Pakman, «¿no será lo que llamamos «poder» el nombre de un contexto que permite que algunos de los miembros de un sistema definen qué va ser válido como “realidad” para todos los miembros del sistema?» (Pakman, 1991: 86).

LAS CLASES DOMINANTES INTENTAN HACERNOS CREER QUE ES NATURAL (Y POR TANTO NECESARIO) AQUELLO QUE ELLAS CONSTRUYEN (Y POR TANTO NO ES MÁS QUE CONTINGENTE)

Quienes en las relaciones sociales ocupan un lugar de dominación para continuar ostentando su lugar privilegiado procuran construir una realidad que satisfaga sus intereses. La realidad social es inventada, sin embargo, las clases dominantes intenta que aceptemos como natural y necesario lo que no es más que cultural y contingente e intenta ocultar su ejerciente papel de demiurgo social (según Platón, artífice o constructor del mundo. Alma universal, principio activo del mundo). Así nos encontramos como los demócratas de después de la muerte de Franco nos prescriben y prohíben –como si tuvieran

línea directa con el Bedeutung de la democracia—, lo que hemos de hacer y decir, nos dicen lo que es correcto e incorrecto, lo que es justo e injusto y lo que es bueno y malo en democracia: por ejemplo, encarcelar a quien no acepta el servicio militar es democrático pues la Constitución no recoge la insumisión; en cambio, solicitar la privación de libertad para quienes desde la administraciones públicas no cumplen con el mandato constitucional de garantizar el empleo, es una tremenda barbaridad.

Las clases dominantes para mantener su privilegiada situación necesitan de un mundo estable, ordenado en la jerarquía de lo conocido, donde el hoy sea igual al ayer y al mañana, donde los significantes guarden una relación unívoca con los significados. Las clases dominantes como los adultos están acabadas —el significado etimológico de adulto es «caput», acabado—, no admiten ninguna posible fisura que pueda alterar las relaciones de poder. Por el contrario, las clases dominadas necesitan —otra cuestión es que puedan hacerlo— aprender, construir nuevas dimensiones que modifiquen el hoy sobre el ayer y el mañana sobre el hoy. Los dominados y dominadas cuando traspasan el umbral de la clase en sí y se transforman en clase para sí se convierten en jóvenes inacabados que abogan por un permanente cambio de las relaciones entre significante y significado y como los jóvenes son revolucionarios, dado que los jóvenes, tenga la edad que tengan, cuando no lo son (revolucionarios), dejan de ser jóvenes.

Las clases dominantes ponen todo su empeño en que creamos que todo está dicho —reservándose para sí o para sus *a láteros* el papel de demiurgo sociales— y que si no fuese así y quedase algo por decir, ello sería revelado de acuerdo con la lógica natural de lo hechos. Intentan hacer pasar por lógico lo que no es más que ideológico, por natural lo que no es más que cultural y por hechos lo que no son más que relaciones entre imágenes y conceptos. Para ello convierten sus juicios sintéticos o factuales, en los que el patrimonio cultural de cada cual permite asociar nuevos predicados al sujeto del enunciado (del tipo, el Rey es rey porque reina), en juicios analíticos o semióticos en los que el predicado está implícito en el sintagma nominal (del tipo, el Rey reina porque es Rey). Operando como si ambos juicios se efectuasen respecto a las cualidades naturales de los objetos y no, como Umberto Eco (1989: 133) ha puesto de

manifiesto, en referencia a los códigos y valores de quienes lo emiten.

Las clase dominantes se reservan para sí la capacidad de hacer juicios semióticos e intentan impedir que las clases dominadas formulen otras eventuales realidades. Dos son los mecanismos utilizados para conseguir su objetivo: uno) la herencia cultural de nuestros antepasados cuya carga supone una pesada losa difícil de levantar, y dos) la educación, mediante la cual queda garantizado que las clases dominadas conozcan lo que las clases dirigentes han aprendido. La educación consiste en que nos habituemos a unas prácticas y rechacemos otras. Cuando ante un problemas social se recurre a la educación como instrumento mediante el cual resolverlo, no se recurre al método mayéutico socrático para que afloren diversas dimensiones y múltiples propuestas que nos permitan encarar el problema social planteado, sino que se apela a los efectos de la educación, esto es, al abandono de unas prácticas y hábitos sociales por otros que conserven y garanticen las normas y valores dominante. Por ejemplo, cuando surge un problema laboral como el de Linares, nadie dice —al menos que yo sepa no apareció en ningún medio de comunicación— que la solución al problema pasaba por el necesario acopio educativo de la dirección de la empresa y de las administraciones públicas. Sin embargo, cuando se trata de modificar la conducta de un segmento poblacional en clara desigualdad social, por su edad, género, lugar de origen o por su situación socio-económica, siempre se dice que la solución reside en una buena educación. Una buena educación que permita a los poderosos aprender y dictar las normas e inyecte en la mente de los oprimidos la necesidad de conocer los dictados y las interdicciones, lo prohibido y lo prescrito del modelo social dominante.

De la dimensión tecnológica y metodológica a la epistemológica

Si la realidad es inventada, huelga preguntarse cómo es la realidad. La preocupación ha de centrarse en qué hacer para aprender la realidad, esto es, cómo se puede llegar a aprender a transformar la reali-

dad, a construir la realidad. Si la realidad es inventada, la labor de la investigación social alteractiva no ha de tener como prioridad la participación de la población en la dimensión tecnológica o metodológica, dado que no hay nada que descubrir, sino en propiciar la participación en la dimensión epistemológica, es decir, en los procesos de aprendizaje dirigidos no a contestar preguntas sino a originar preguntar sobre el para qué de determinada realidad y para quién se inventa la realidad, esto es, al servicio de quién está la inventada realidad, para de este modo propiciar la desestructuración de las mal llamadas naturales relaciones entre significantes y significados y así poder construir otras eventuales verdades.

El término epistemología (epi, «arriba» o «encima», e histamein, «permanecer») podría ser traducido como «permanecer encima» o como «permanecer más arriba» (Foerster, 1991: 97). Una epistemología al servicio de la emancipación social ha de ser subversiva, esto es, dar una vuelta por abajo a las verdades dominantes (pues ese es el significado del término subvertir: sub «debajo» y vertere «darse un vuelta») que sustentan las relaciones de explotación. La investigación social no ha de preocuparse por alcanzar la realidad [«la verdad no es una pieza a cobrar, sino un universo a ensanchar» (Ibáñez, 1990: 7)], ni ha de cuestionarse cuál es la realidad más verdadera, sino que ha de poner su empeño en proporcionar los medios para la construcción de otras realidades que faciliten la emancipación social de los dominados.

LA INVESTIGACIÓN PRÁXICA HA DE MODIFICAR LA RELACIÓN DE LAS FLECHAS DEL SABER

Para acometer el proceso dirigido a la construcción de otras verdades, se han de cambiar la dirección de las flechas del saber, los que son objeto de observación han de ser sujetos observadores. Si bien, como he dejado escrito en otra ocasión (Montañés, 1993c: 155 y 156) participar en la investigación social no es investigar participadamente. La investigación alteractiva no ha de consistir en buscar el aplauso de las instituciones o/y del tejido formal al presentar el informe de la investigación, ni se ha de concebir como una técnica más al uso consistente en escuchar las peticiones y sugerencias de la

población investigada, ni tampoco, como desde una ingenua radicalidad se pudiera pensar, en intentar que la población mediante un curso acelerado adquiera los conocimientos de las técnicas y métodos de la Sociología académica, pues si así operásemos estaríamos reproduciendo la misma relación entre sujetos y objeto de la investigación social clásica: unos que investigan (ahora sociólogos junto a seudosociólogos que observan) a otros que son investigados (observados). Asimismo, no es suficiente con que los sujetos-objetos observen para que la dimensión neguentrópica varíe. Como ejemplo de esto último, sirva la mención de la siguiente experiencia: en un intento por construir categorías socioestadísticas que dieran cuenta de la participación de las mujeres en la actividad económica desde una perspectiva de género (Montañés, 1994 y García et al, 1994) pudimos constatar, como era de prever, que las categorías construidas por la mayoría de las mujeres no diferían de las elaboradas por las instituciones (por ejemplo, no establecían ninguna diferencia entre empleo y trabajo, considerando sinónimos ambos términos) y asimismo que obedecían, como hemos dejado constancia en otro artículo (García y Montañés, 1993: 12-13), a los intereses androcéntricos de las clases dominantes. No hemos de olvidar que la ideología dominante es la ideología de la clase dominante. Las clases dominantes son quienes construyen la realidad, pero para que tenga su efecto sobre la sociedad es preciso que, como señala Lapassade (1985: 25), los dominados no sean conscientes de la dominación de la que son objeto y que asuman como natural lo que no es más que contingente y que crean que sus ideas sociales son el fruto de la introspección personal. El éxito de cualquier campaña política o de publicidad radica en que las personas atribuyan como propio (fruto de su cosecha) el significante que reifica un conjunto de significados (Ibáñez, 1979: 346).

Para cambiar las flechas del saber, el trabajo del sociólogo en una investigación alteractiva ha de consistir en propiciar la producción de saber de una manera participada. Para ello se ha propiciado un proceso *dialogico* –los talleres de debate y las asambleas son acertados mecanismos para la consecución de tal fin– en donde se pongan en evidencia la pugna que mantienen entre sí todas las relaciones ideológicas por convertirse en relaciones lógicas³. Para acometer esta tarea resulta de especial utilidad la téc-

nica de la triangulación de redes aplicada por T.R. Villasante (1995: 189) en donde la administración, la población (según los distintos niveles de conciencia y participación ciudadana⁴ (base social, grupos activos y grupos animadores) y el tejido social formal, observan y son observados, en donde los sujetos productores de energía también pueden (tienen la posibilidad y la capacidad para) inferir sentido. Ahora bien, «conviene advertir que la «participación» de la población puede ser manipulada y revertir en una nueva legitimación del orden social» (Colectivo Ioé, 1993: 69)⁵ vigente o de otros órdenes que responden al interés del investigador social. Si en párrafos anteriores se criticaba la figura del seudosociólogo, igualmente se debe denunciar la figura del sociólogo convertido en seudopolítico que intenta asumir la representación de los sin voz, a los que procura aleccionar sobre el camino correcto para **descubrir** la verdad (su verdad). Reproduciendo, igualmente, las relaciones de la investigación social clásica, si acaso con un simple matiz: quien contrata los servicios para investigar (para observar y construir la realidad) y quien investiga a los sujetos-objetos es el mismo o actúa como si así lo fuera.

LA MAYÉUTICA SOCRÁTICA AL SERVICIO DE LA INVESTIGACIÓN PRÁXICA ALTERACTIVA

La epistemológica labor sociológica ha de intentar mostrar los anclajes ideológicos entre los significantes y significados. Para acometer esta tarea es aconsejable recurrir a la mayéutica socrática consistente en preguntar sobre las respuestas (ante la afirmación «la droga mata»; pre-guntar «¿qué es droga?, ¿qué es morir?»), en responder con una pregunta (continuando con la misma afirmación, se puede formular la siguiente pregunta «¿hay algo que no mate, algo que garantice la vida eterna?»), en responder con otra respuesta (ante la afirmación «la droga mata», «lo que mata es la desigualdad social») o en responder respondiendo a la respuesta («de algo hay que morir. Como uno no es eterno y dado que no se puede estar en todo, si se ponen los cinco sentidos en vivir –en ser el más guapo, el que más sabe y el que más dinero tiene– habrá que dejar a la droga la tarea de facilitarnos el inevitable desenlace final»)⁶.

La realidad cuántica: (segunda ruptura con la preeexistente realidad)

A

I ser la realidad social inventada, las propiedades de la realidad no son del sistema observado sino del sistema observador. Como apunta H. von Foerster (1994: 111), «no hay relatos aburridos, hay escuchas aburridos; no hay viejos relatos, sólo hay viejos oídos; si le muestran a alguien una fotografía y le preguntan si le parece obscena y su respuesta es afirmativa, ustedes habrán averiguado muchas cosas sobre la persona que dio la respuesta pero muy poco sobre la fotografía».

Como el sujeto observador al observar modifica la realidad –recuérdese el principio de incertidumbre de Heisenberg según el cual es imposible determinar a la vez la posición y el momento: en el primer caso tendremos una partícula; en el segundo, una onda (para determinar algo en el electrón hay que iluminarlo con un fotón y al iluminarlo le alteramos)– y dado que no se puede apelar a la comprobación teórica –recuérdese la sentencia Gödeliana, según la cual en toda teoría siempre habrá un enunciado que siendo verdadero es indemostrable–, de cara a facilitar el proceso *dialogico*, el sociólogo no ha de centrar su atención en lo observado sino en observar la observación, con lo que a su vez construye una nueva realidad cuyas propiedades no se encuentran en el objeto sino en las cualidades de observación del sujeto-social investigador; una nueva realidad cuyo material ha de constituir la materia prima para indagar no sobre lo observado sino para observar la observación, adentrándonos de esta forma en una dimensión cuántica de la realidad.

En la investigación social alteractiva se ha actuar de acuerdo con la *account* de la etnometodología, según la cual la descripción de una escena de la vida cotidiana no interesa en sí misma sino en cuanto se ponen de manifiesto los procedimientos empleados para expresarla (Coulon, 1988: 49).

EMIC, ETIC, REFLEXIVIDAD Y PROYECTIVIDAD

La investigación práctica, como hemos dejado escrito en otra ocasión (Montañés, Villasante y Alberich, 1994) tiene que saber articular el enfo-

que emic (desde dentro) y etic (desde fuera) en la perspectiva reflexiva (hacia sí mismo) y en la proyectiva (hacia fuera y hacia dentro).

Tanto la perspectiva emic como la etic no han de tomarse al pie de la letra, sino que han de entenderse como útiles metáforas de las disciplinas lingüísticas⁷. La fonología y la fonética nos ofrecen productos de dispar naturaleza sin posible relación. No obstante, mientras que las disciplinas lingüísticas respectivamente producen fonemas (es decir, unidades con sentido) y sonidos sin sentido, tanto la perspectiva emic como etic producen sentidos, y en consecuencia alguna relación se podrá establecer.

El conocimiento de las categorías emic permite entender las representaciones colectivas, pero es desde un enfoque etic sobre las mismas como podemos detectar la estructura profunda de los discursos manifiestos. Pero, asimismo, no hemos de olvidar que las categorías etic construidas por quienes nos dedicamos a ejercer profesionalmente la sociología también son emic –aunque se intente ocultar tal condición amparándose en el aval de la comunidad científica–, por tanto, para desarrollar y ampliar la producción de conocimiento, han de analizarse las categoría etic como si fueran emic por quienes participadamente intervienen en la investigación, para desde un prisma reflexivo (observar como son observados) se pueda proceder a proyectar realidades alternativas/activas, es decir, nuevas realidades que alteren (que transformen) «desde la acción con otros» (Villasante, 1987: 100) las relaciones de dominación. De esta manera se inicia el proceso sin fin de la producción de otras verdades que han de tener en cuenta lo que Marx y Engels (1975) dejarón escrito en el Manifiesto Comunista, «todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma».

**El poder tampoco
es preexistente, el poder
es una relación: quienes
dominan en un nivel pueden
ser dominados en otro**

En páginas anteriores ha quedado dicho que la realidad surge de la necesidad, que en las sociedades estratificadas la construcción de la realidad se

encuentra mediatisada por las relaciones de poder y cómo quienes ocupan un lugar privilegiado en las relaciones de dominación procuran inventar una realidad que les garantice perpetuar las relaciones de explotación. Mas, asimismo, es oportuno aclarar que la construcción de la realidad cotidiana no se puede comprender recurriendo exclusivamente a las relaciones de explotación que guardan entre sí los propietarios de los medios de producción con los asalariados que venden su fuerza de trabajo.

El poder no es una cosa que se pueda adquirir, enajenar o intercambiar. El poder es una relación que proporciona, como diría Max Weber (1977), la facultad de modificar la conducta de las personas aun a pesar de la resistencia de las mismas. Con la transnacionalización de la economía, las relaciones mercantiles se globalizan, el mundo se hace más pequeño, pero al mismo tiempo se fragmentan las relaciones de dominación. Quienes dominan en un nivel (y por tanto pueden construir verdades y modificar conductas) a su vez son dominados en otro nivel relacional (en donde son sujetos-objetos que reciben neguentropía). La fragmentación de las clases sociales crea dominadores que son dominados en otros niveles o ámbitos relacionales, y, viceversa. Así, por ejemplo, quienes en las relaciones de producción se hallan explotados y renuncian a luchar para modificar las relaciones de dominación laboral, tal vez en sus lugares de residencia intenten ejercer su dominación (construyendo verdades que favorezcan sus intereses) sobre aquellas personas que se encuentran excluidas de las relaciones mercantiles («los drogadictos», los jóvenes y mujeres que no encuentran empleo, la población adulta permanentemente desempleada, la población inmigrante pobre, etc.) para evitar que se ponga en peligro su relativa posición privilegiada dentro del sistema: para que no pongan en peligro su empleo, sus prestaciones sociales o la categoría social de su espacio residencial.

Segmentos de red y realidad social



o es común que el conjunto de los urbanícolas tengamos los segmentos de nuestra red social totalmente

encapsulados o aislados⁸, lo más habitual es que combinemos la integratividad con la segregatividad, en la que diferentes actividades son ejercidas con y en relación con diferentes personas, algunas de las cuales, **no todas** «se conocen» entre sí –mantienen relaciones de pertenencia o de referencia–. «La infancia, en general, es una especie de encapsulación, en parte mutua, en parte unilateral. En la adolescencia son frecuentes las tendencias a la segregatividad. La vida adulta puede ser para muchos una fase de integratividad. La soledad puede llegar con la vejez» (Hannerz, 1986: 291). Diversos intereses pueden converger o diverger atendiendo a los segmentos de las redes en los que participamos, cuanto más integradas están las redes, esto es, cuando más adultos seamos (recuérdese más caput, más acabados), más previsible será nuestra conducta, y, a la inversa, cuando más segregadas se encuentren los segmentos de la red más dificultades habrá para explicar nuestra conducta, esto es, para ordenarla según los códigos que permiten separar (distinguir) el sentido del ruido (por eso para los adultos, la conducta de los jóvenes resulta tan ruidosa: ruidosa en el vestir, en..., en el hablar y en el pensar). Al no tener todas nuestras redes integradas, en cada momento y lugar se actúa de acuerdo con el segmento de la red involucrada, «la población utiliza su sentido común adaptativo a la circunstancias. Puede votar en un sentido, puede actuar en una asociación o sindicato de otra forma, y aún suele tener su comportamiento diferenciado de las dos anteriores cuando está con la familia, o en las relaciones de trabajo» (Villasante, 1990: 93).

EL COMPONENTE INSTRUMENTAL Y EXPRESIVO DE LA CONDUCTA HUMANA

Múltiples realidades surgen de acuerdo con los intereses que están en juego en un determinado segmento de la red, si bien en las redes sociales no sólo circulan valores instrumentales (aquel que tiene un fin) sino también valores expresivos (aquel que se agota en sí mismo sin ninguna finalidad ulterior). En la construcción de la realidad, se decía en páginas anteriores que aquello que el destinador emite como fuerza, el destinatario lo transforma en sentido, pero, asimismo, hay que decir que la recepción de la energía en sí misma genera sentido, en el

sentido de compartir emociones, afectos y sentimientos. En toda transformación hay una parte de energía que se degrada en forma calorífica, es lo que se conoce con el nombre de entropía. Al transformar la fuerza en sentido se está transformando el ruido en orden para así poder explicar las cosas. Para explicar algo es preciso categorizar y poner orden. Para sentir, sin embargo, basta con entender, es decir, no es necesario poner orden, simplemente hay que compartir difusamente lo emitido (lo dicho/hecho) por alguien. «Puede haber entendimiento sin que exista comunicación. Porque el entendimiento sólo exige la compresión de lo comunicado, mas no que la comunicación sea todo lo comunicable» (Castilla del Pino, 1975: 17). De dos personas que mantienen relaciones al margen de los **convencionalismos** y el **orden social** establecidos se dice que se entienden. Sin embargo cuando, por ejemplo, dos personas que guardan una gran diferencia de edad se casan, algunos no entienden, pero todos comprenden, es decir, queda explicado por razones económicas, de proyección social etc., esto es, de acuerdo con las categorías de los códigos culturales dominantes. Afortunadamente⁹, no todo el ruido puede ser transformado en sentido, pero el proceso de transformación genera entendimientos en base a los sentimientos originados en las personas. Es por eso por lo que en el proceso de construcción de realidades no sólo se está atento a lo que se dice, sino también a quién lo dice, cómo lo dice y dónde se dice. En consecuencia, para observar la construcción de la realidad hemos de tener en cuenta además de los intereses instrumentales, los sentimientos que los distintos segmentos de la red proporcionan a las personas relacionados con los mismos. Por ejemplo, lo que distingue a una secta de un grupo revolucionario o de transformación social no son sus objetivos, sino cómo articulan la conducta expresiva e instrumental. En la sectas (tengan un soporte religioso, político, deportivo, etc.) todo es expresivo, todo se hace para reforzar internamente al grupo. Los grupos que se afianzan en el tejido social con el propósito de incidir en la transformación de la sociedad son los que saben combinar el componente expresivo con el instrumental, pues **se lucha con quienes piensan y actúan como nosotros y además sienten y aman como nosotros** (Montañés, 1993b: 137 y 138).

**LA CONSTRUCCIÓN
DE LA REALIDAD HA
DE SITUARSE EN EL MARCO
CONCRETO DE LOS INTERESES
DE LOS SEGMENTOS
DE LA RED SOCIAL**

Si la construcción de realidad viaja en los segmentos de las redes de relaciones que articulan la dimensión instrumental y expresiva, **de cara a construir otra realidades, otras verdades alteractivas, hemos de tener en cuenta que no sólo nos las tenemos que ver con tantas realidades como personas, sino con tantas realidades como yoes habitando en los segmentos segregados de la red social de cada sujeto.** En consecuencia, las realidades que no se articulen en torno a un marco acotado concreto¹⁰, sea este laboral, de estudios, residencial, de ocio, etc. y ante una problemática no simulada carece por completo de interés investigador. No se puede, mejor dicho, no se debe (aunque así se haga) convertir a la población sujeto de la investigación en actores que interpreten como en la película *¡Danzad, danzad, malditos!*, (en la que los personajes desfallecían sin obtener a penas ninguna recompensa) las escenas de *Hablad, hablad vecinos*, hasta que quedéis afónicos y desfallecáis sin obtener ningún resultado. Participar en la investigación no consiste en asistir y por supuesto en modo alguno, aunque alguno lo pretendan, en asentir. En la investigación social se ha de ejercer la libertad de expresión en el amplio sentido de la misma. La libertad de expresión no sólo nos remite a la libertad para hacer uso de la palabra u cualquier otro medio que nos permita emitir discursos, sino que también comprende el deseo de dejar de ser reo, preso (ex-presos), para de esta forma, libremente poder participar en la toma de decisiones. Toda libertad de expresión que no comprenda (esto es, que no entienda, no contenga y que no extienda) la capacidad de participar y de decidir en la parte alicuota de las decisiones que afecten al conjunto de la sociedad es mera retórica. No se puede conocer por conocer. Para conocer, es preciso transformar. Como afirmaba Mao, sólo se puede conocer el sabor de una fruta al hincarle el diente y transformarla en alimento. Y para transformar hay que situarse en el contexto de los segmentos competentes de la red.

**LA LUCHA CONTRA EL RACISMO Y
LA XENOFOBIA COMO EJEMPLO
PARA ILUSTRAR LO DICHO**

Si para conocer el comportamiento respecto a la convivencia en la diversidad preguntamos a la población sobre si se consideran o no racista, seguramente una amplia mayoría contestará como se debe, es decir, no. Y se hace así, «no porque se oculten nuestras verdaderas ideas, o que callemos por temor. Más bien parece que el ser racista no responde a la imagen que tenemos de nosotros mismos» (Colectivo ADREDE, 93: 4). Por otra parte, si hacemos un seguimiento de la prácticas de quienes se declaran no racistas, puede que algunas de estas personas, impulsadas por la imagen que del racismo se tiene en determinados segmentos de su red, asistan a festivales musicales contra la intolerancia, y asimismo participen en las manifestaciones convocadas para oponerse al realojamiento en sus barrios de población gitana o de procedencia africana sin que ello les suponga ninguna contradicción. Es más, seguramente sostendrán que en modo alguno este comportamiento ha de ser clasificado de racista o xenófobo. Justificarán su postura apelando a los intereses locales que están en juego (en el supuesto deterioro de la zona) y nunca en su aversión contra la población gitana, como así lo expresaron masivamente los vecinos de Villa-verde Bajo y Perales del Río (Comunidad de Madrid) con sus manifestaciones y acampadas en la zona prevista para la construcción de viviendas destinadas a realojar población mayoritariamente gitana.

Si la realidad fuese preexistente al sujeto, estaríamos en presencia de una flagrante contradicción. Pero siendo cuántica (sujeta a la reflexividad y a la proyectividad), la realidad construida en cada momento y lugar surge de distinta manera atendiendo a las necesidades instrumentales y expresivas que se articulan en los distintos segmentos de nuestra red social. Y eso explica que determinadas actitudes y comportamientos como la expulsión de la población gitana de Mancha Real no sean considerada racistas por los habitantes del pueblo que obligaron a las familias gitanas a abandonar la localidad.

En la película *La crisis*, un diputado socialista francés se ve obligado a invitar a cenar en su lujosa mansión a un inmigrante ilegal; en los postres, tras disertar contra el racismo y la xenofobia, el inmigrante tan pobre como ingenua-

mente listo le confiesa que él no se avergüenza de ser racista. Ante la perplejidad del anfitrión, el inmigrante le contesta más o menos en estos términos: «es muy fácil no ser racista cuando tus hijos no ven mermadas su conocimientos al no tener que rebajar el nivel de la enseñanza para que la población que no habla la lengua de la población receptora puedan seguir las lecciones impartidas por el profesorado; es muy fácil no ser racista cuando no se tiene que competir por los escasos recursos y siempre insuficientes programas sociales que se implementan en los barrios periféricos socialmente hablando; es muy fácil no ser racista cuando se tiene un empleo cuyas posibilidades de perderlo son mínimas, pues además de encontrarse protegido por la redes sindicales, requiere tal conocimiento y experiencia profesional que sólo un número pequeño de competidores puede pugnar por arrebatarlo; y asimismo, es muy fácil no ser racista cuando las diferentes prácticas culturales sólo se ven en la televisión cuando proyectan un documental sobre sociedades exóticas. En definitiva, es muy fácil no ser racista cuando no se tiene con quien serlo».

En otra secuencia de la película, un parisino de clase alta que visita al inmigrante se queda muy sorprendido al escuchar la dura diatriba xenófoba y racista que éste lanza contra la población árabe del barrio, cuando precisamente sus mejores amigos e incluso su propia cuñada, a la que quiere como si fuera su madre, son todos árabes.

Ante la cara de asombro del visitante, el inmigrante le manifiesta que su racismo es contra los «otros» árabes.

Lo que el inmigrante llama racismo, otras personas podrían clasificarlo como una estrategia dirigida a defender sus intereses. Como he dicho en otra ocasión (Montañés, 1995: 4), el racismo no es la causa del rechazo o de la exclusión social, sino el efecto de los cambios de las estrategias de dominación al experimentarse cambios en los procesos sociales.

Teniendo en cuenta que los distintos segmentos de la red satisfacen múltiples necesidades y que funcionan con lógicas aparentemente no siempre similares, para que las demandas del segmento conectado con los intereses locales no sea clasificada de racista, se ha de tener presente que del mismo modo que cuando asistimos a un concierto para expresar nuestro rechazo al racismo y a la xenofobia atendemos prioritaria-

mente los intereses que demanda el segmento de la red conectada con los medios de comunicación social y dejamos en un segundo plano los segmentos conectados con los intereses residenciales o laborales, en la estrategia dirigida a aunar voluntades en torno a la convivencia en la diversidad de la población residente en una determinada localidad, se ha de procurar encontrar otras vías que no pasen solamente por apelar a los valores insertados en los segmentos conectados con los medios de comunicación social. Huelga, por tanto, preguntar a la población si es racista o qué opinión mantiene respecto al racismo y la xenofobia, salvo que sea útil para dar cuenta de los procesos seguidos en la elaboración de categorías sociales que definen una realidad dirigida a defender los intereses como vecinos de la localidad. Para encontrar una solución a favor de la convivencia en la diversidad, se ha de plantear **un proceso dialógico que conecte múltiples segmentos en una serie de conjuntos de acción** (Mayer, 1980: 108) alterativos que beneficien los intereses tanto de la población receptora como de la población inmigrante. A partir de la complicidad de intereses, los conjuntos de acción pueden proceder a proyectar otra lógica-realidad que, en vez de describir a la población inmigrante como una hostil competidora por los escasos recursos disponibles, dibuje el enriquecimiento social y personal que puede suponer el intercambio de experiencias culturales, así como los beneficios que puede deparar una alianza entre la población receptora y la inmigrante que reclamase, de acuerdo con las características de desigualdad social que soportan las localidades receptoras de población inmigrante económicamente pobre, más (y mejores) recursos educativos, más programas sociales, más proyectos de empleo, más..., más proyectos integrales de desarrollo local. En definitiva, una realidad que contribuya a ampliar la libertad de la especie humana.

A modo de conclusión

Si la realidad social fuese preexistente al sujeto investigador, la preocupación sociológica se centraría –como la sociología no crítica quiere que se considere– en la pertinencia de las técnicas empleadas en el «registro» de la realidad social, como si

de estrellas se tratase y su observación dependiese de la potencia del telescopio utilizado. Pero no habiendo más soles que los que vamos construyendo, siendo la realidad social definible en relación a un sujeto social reflexivo y proyectivo, la investigación social práctica ha de proponerse cambiar la dirección de las flechas del saber. Quienes registran lo que otros aprenden han de ser quienes construyan nuevas dimensiones sociales.

El saber descansa en las relaciones de poder, pero el poder no es un objeto preexistente, el poder es una relación de intereses entre personas. Con la transnacionalización de las relaciones económicas, el mundo se hace más pequeño, pero también las relaciones de poder se fragmentan: quienes dominan en un nivel puede ser dominados en otro. Y en una sociedad urbana como la nuestra es difícil que todos los segmentos de nuestra red social se encuentren integrados entre sí, lo más probable es que, con distintos grados, la segregatividad esté presente. Por consiguiente, la construcción de la realidad no sólo responde a las necesidades sociales de cada persona sino a tantas necesidades como yoes habitando en los segmentos segregados de la red de cada sujeto. En consecuencia, de cara a construir realidades *alter-nativas/activas* (esto es, nuevas realidades que alteren, que transformen desde la acción con otros), se ha de acotar un marco concreto de competencia de segmentos de redes, en donde a través de un proceso *dialógico* (en el que todos los discursos *ideológicos* pugnan por convertirse en *lógicos*) se propicie la construcción de provisionales verdades que amplíen indefinidamente la libertad de los seres humanos.

NOTAS

¹ «Los filósofos han interpretado el mundo de varios modos; pero la cuestión es cambiarlo», escribía Marx en las *Tesis sobre Feuerbach* (1970). La praxis auna el pensamiento y la acción: el ser humano se transforma transformando la realidad social. La sociología práctica ha de entenderse como el proceso mediante el cual se propicia la construcción de realidades *alternativa-activas*, esto es, nuevas realidades que alteran, que transforman desde la acción con otros.

² Si tenemos en cuenta los dos significados que articula la palabra información: informarse de y dar forma a, es correcto la expresión utilizada. Si embargo, si queremos ser precisos ha de tenerse en cuenta, como así lo advierte von Foerster (1991: 78), que el proceso de informarse y dar forma es simultáneo, dialéctico (o mejor dicho transductivo). A partir de un *Bedeutung*, fijado previamente por

quien contrata al investigador, se explota al sujeto-objeto, al que se le obliga a producir fuerza, energía que es transformada en información neguentrópica: en una nueva realidad.

³ Fruto de una relación determinada, todo significado es provisionalmente válido. La relación entre significante y significado se convierte en ideología cuando se obvia el contexto primigenio que proporcionó el sentido de las relaciones. Al establecerse una relación permanentemente unívoca entre significante y significado aquello que era contingente se convierte en necesario y lo que en un momento era significativamente útil para un grupo determinado se convierte en la permanente verdad para todos los grupos y para cada una de las personas, impidiéndose de esta manera la elaboración de nuevas dimensiones, de nuevas verdades, pues como ha quedado dicho, las categorías sociales no son ni buenas ni malas, ni justas ni injustas, ni verdaderas ni falsa, sino categorías útiles para dar cuenta de una realidad al servicio de unos pocos o al servicio del conjunto de la población.

⁴ En la triangulación de redes conviene tener en cuenta los fundamentos teóricos y metodológicos que para el análisis de redes sociales ha elaborado T.R. Villasante (1984: 113-121); es conveniente conocer los nexos existentes entre los grupos animadores y los sectores informales, entendiendo por grupos animadores o formales aquellos agregados de pocas personas que, sin embargo, tienen una influencia notable y hasta decisiva en la organización vecinal; y dentro de los sectores informales tenemos a los sectores activos, que son aquellas personas capaces de retransmitir mensajes en su medio más inmediato, sea éste un bar, un club deportivo..., utilizando los códigos de la cosmología local y que conectan con la base potencial que sin participar activamente si mantienen vínculos de vida cotidiana con los sectores activos.

⁵ En el artículo «La Investigación-Acción Participativa. Introducción en España» (1993), el Colectivo Ioé señala cómo en investigaciones nominalmente no clásicas, las relaciones entre los agentes implicados no siempre experimentan apreciables modificaciones respecto a otras de corte clásico.

⁶ El ejemplo (droga/muerte) ha sido elegido con la intención de provocar, con el propósito de poner en evidencia la dificultad que entraña desestructurar los anclajes que disfrutan de amplio consenso. Como las puertas cerradas durante mucho tiempo que al intentar abrirlas para que penetren otros aires chirrián, del mismo modo chirrián los goznes de nuestra conciencia cuando se intenta construir otras verdades que cuestionen la realidad que creímos universal.

⁷ El par emic, etic fueron acuñados por Pike en la década de los cincuenta y procede de dos disciplinas lingüísticas: la fonología (en inglés phonemics) y la fonética. Mientras que la primera (emic) se ocupa de los fonemas, es decir, de los sonidos pertinentes (con sentido) para el hablante; la segunda (etic), estudia los sonidos emitidos por el hablante desde una perspectiva física y fisiológica sin tener en cuenta la opinión de quienes lo efectúan.

⁸ La aristocracia o clases similares y las personas que por diversas circunstancias se encuentran excluidas del sistema (por sus prácticas culturales o por su situación socioeconómica) son las únicas de las que podemos decir, no exento de cierto relativismo, que habitan en los ghettos sociales (en los extramuros sociales, pues ghetto es el nom-

bre que recibe por extensión aquellos espacios que como el barrio de los judíos se situaba fuera de la ciudad). Por voluntad o por obligación algunas grupos sociales comparten la actividad económica, lúdica y cultural con las mismas personas con las que conviven y con las que a su vez mantienen lazos de parentesco.

⁹ Digo afortunadamente, porque así podemos existir y generar cultura. El ser humano se escinde en una parte que conoce y otra que puede aprender al transformar indefinidamente el ruido en sentido; en cambio, los seres trascendentales al ver todo y cada una de las partes del todo no pueden aprender y por tanto han de pagar su omnisciencia con la ausencia de su existencia. El ser humano jamás puede alcanzar el todo, pues el todo no es preexistente, ni ha surgido de una vez y para siempre, continuamente establecemos nuevas relaciones que como si de un caleidoscopio se tratará nos ofrece un nuevo panorama. Dentro de una concepción idealista es comprensible la existencia de un Dios que conozca el todo, pues el todo, la Idea es la entidad hacia la que se aproximan todas las imperfecciones materiales. Pero desde una concepción materialista todo es diferente a todo y a sí mismo, sólo juntando los múltiples yoes, como dice Lacan (1966), «resserés», apretando las diferencias, podemos construir un pequeño punto del mundo y de uno mismo.

¹⁰ No ha de confundirse la realización de un estudio en un entorno socioespacial determinado –pues todos los estudios obviamente han de tener un ámbito concreto, sea este el espacio laboral, de ocio, residencial, etc.– con un estudio dialógico en donde en la construcción de la realidad dialogan (pugna) todas las lógicas presente en un entorno concreto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADREDE, Colectivo (1993): «Racismo en las palabras y racismo en los gestos» en *EL MUNDO*. 25-II-1993, pág. 4.
- ALONSO, Luis Enrique (1986): «La producción social de la necesidad» en *Economistas*, de el Colegio de Economistas de Madrid. nº 18, febrero 1986, págs. 26-31.
- ALONSO, Luis Enrique (1988): «Entre el pragmatismo y el pansemiológismo. Notas sobre los usos (y abusos) del enfoque cualitativo en sociología» en *REIS. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº. 43, Julio-Septiembre, págs. 157-168.
- BELTRÁN, Miguel (1991): *La realidad social*. Madrid, Tecnos.
- BARTHES, R. (1970): *La semiología*. Buenos Aires. Tiempo contemporáneo.
- CARO BAROJA, Julio (1991): *Los pueblos de la península ibérica. Temas de etnografía española*. Barcelona. Crítica.
- CASSIRER, Ernst (1987): *Antropología Filosófica*. FCE, México.
- CASTILLA DEL PINO, Carlos (1975): *La incomunicación*. Barcelona. Ediciones Península.
- COULON, Alain (1988): *La etnometodología*. Madrid. Cátedra.
- ECO, Umberto (1989): *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*. Barcelona. Editorial Lumen.
- EINSTEIN, Albert (1993): *La teoría de la relatividad*. Barcelona. Altaya.
- FOERSTER, Heinz von (1991): *Las semillas de la cibernetica*. Barcelona. Gedisa.
- FOERSTER, Heinz von (1994): «Visión y conocimiento: disfunciones de segundo orden» en *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad* (FRIED SCHNITMAN, Dora; comp.). Barcelona. Paidós.
- GARCÍA, Cristina y MONTAÑÉS, Manuel (1993): «Las cifras del desempleo femenino» en *Página Abierta*, nº. 27, mayo 1993, págs. 12-13.
- GARCÍA, Cristina; et al. (1995): *Trabajo y participación económica. La actividad de las mujeres madrileñas*. Madrid, D.G.M.
- HANNERZ, Ulf (1986): *Exploración de la ciudad*. México. FCE.
- IBÁÑEZ, Jesús (1979): *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: Técnica y crítica*. Madrid, Siglo XXI.
- IBÁÑEZ, Jesús (1985): *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*. Madrid, Siglo XXI.
- IBÁÑEZ, Jesús (1990): «Introducción a los nuevos avances de la investigación social. La investigación de segundo orden» en *Suplemento Anthropos*, nº. 22, octubre, pág. 7.
- IBÁÑEZ, Jesús (1991): *El regreso del sujeto. La investigación de segundo orden*. Santiago de Chile, Amerinda.
- IOÉ, Colectivo (1993): «La Investigación-Acción Participativa. Introducción en España» en *Documentación Social*, nº. 9, julio-septiembre 1993, págs. 59-69.
- LACAN, J. (1966): *Escritos*. Madrid. Siglo XXI.
- LAPASSADE, Georges (1985): *Grupo, organizaciones e instituciones*. México. Gedisa.
- LUQUE BAENA, Enrique (1985): *Del conocimiento antropológico*. Madrid. CIS.
- MARX, Karl (1970): *Tesis sobre Feuerbach*. México. Grijalbo.
- MARX, K., y ENGELS, F. (1975): *Manifiesto Comunista*. Madrid. Ayuso.
- MAYER, Adrian C. (1980): «La importancia de los cuasi grupos en el estudio de las sociedades complejas», en *Antropología social de las sociedades complejas* (BANTON, Michael; comp.). Madrid. Alianza Universidad.
- MONTAÑÉS, Manuel (1992): «La droga como concepto social» en *Marginación e inserción. Los nuevos retos de las políticas sociales*. Madrid. Endymion.
- MONTAÑÉS, Manuel (1993a): «La transformación de un espacio urbano» en *Espacio y Cultura* (LISÓN ARCAL, José C.; editor). Madrid. Editorial Coloquio.
- MONTAÑÉS, Manuel (1993b): «Los movimientos sociales y los problemas del poder» en *Documentación Social*, nº 90, enero-marzo, págs. 131-141.
- MONTAÑÉS, Manuel (1993c): «Aportaciones básicas de la Investigación, Acción Participada (IAP) en su relación con los movimientos sociales» en *Documentación Social*, nº. 9, julio-septiembre, págs. 154-155.
- MONTAÑÉS, Manuel (1994): «Trabajo versus empleo. Hacia la elaboración de categorías socioestadísticas desde una perspectiva universal», en *Trabajo desde una perspectiva de género*. Comunidad de Madrid.
- MONTAÑÉS, Manuel (1995): Guión sociológico para la realización de un vídeo sobre el *Racismo y la xenofobia*. Madrid. Productora TEKNIA-VISUAL.
- MONTAÑÉS; VILLASANTE; y ALBERICH (1994): «El asociacionismo en España y Europa: una propuesta metodológica para la realización de una investigación participada» en *Documentación Social*, nº 94, enero-marzo, págs. 251-264.

- NAVARRO, Pablo (1989): «Sistemas reflexivos», en *Terminología científico-social. Aproximación crítica* (Apéndice) (REYES, Román; dir.). Barcelona. Anthropos.
- ORTÍ, Alfonso (1986): «La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo», en *Análisis de la realidad social* (GARCÍA FERRANDO, Fernando; IBÁÑEZ, Jesús, y ALVIRA, Francisco; compis). Madrid. Alianza Editorial.
- ORTÍ, Alfonso (1994): «La estrategia de la oferta en la sociedad neocapitalista de consumo: Génesis y praxis de la investigación motivacional de la demanda» en *Política y Sociedad*, nº 16, mayo-agosto, págs. 37-92.
- PAKMAN, Marcelo (1991): «Comentario introductorio al capítulo la cibernetica de segundo orden» en *Las semi-*
- llas de la cibernetica* (FOERSTER, H. von; autor). Barcelona. Gedisa.
- SAUSSURE, Ferdinand de (1992): *Curso de lingüística general*. Publicado por BALLY, Charles y SECHEHAYE, Albert. Barcelona. Planeta Agostini.
- VILLASANTE, Tomás. R.(1984): *Comunidades locales. Análisis, movimientos y alternativas*. Madrid. IEAL.
- VILLASANTE, Tomás.R.(1987): «La ciudad más que dual: pobrezas y alteraciones» en *Documentación Social*, nº 67, abril-junio, págs. 83-104.
- VILLASANTE, Tomás R. (1990): «Teoría de redes de comportamiento» en *Salida. Facmún*, nº 2, págs. 93-144.
- VILLASANTE, Tomás. R. (1995): *Las democracias participativas*. Madrid. HOAC.
- WEBER, Max (1977): *Economía y sociedad*. México, FCE.

